

¿Ha leído V. ya

el segundo libro de

Los Grandes Films

de LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

El triunfo de la mujer

que está causando sensación?

No lo deje para más tarde.

¡RESONANTE ÉXITO!

TODO BUEN LECTOR QUERRÁ
FORMAR LA SUGESTIVA
BIBLIOTECA DE

Los Grandes Films

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRAGONA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 76

25 cts.



**LA
DOLORES**

ANNA
Ana Giner
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Gran Via Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 76

LA DOLORES

Producción «P. A. C. E.»

(Producción artística cinematográfica española)

Dirección artística: MAXIMILIANO THOUS

Protagonista: ANA GINER

Concesionario para Cataluña y Baleares:

ENRIQUE PIÑOL

RAMBLA CATALUÑA, 63 :: BARCELONA

Argumento de la película de dicho título

I

Una noche de ronda, bajo el maleficio de una luna tan blanca que parecía azul, entre unas copas de Cariñena y al compás del rargueo de una guitarra, en los labios de un coplero arrogante nació, como flor del mal, esta copla difamadora:

«Si vas á Calatayud
pregunta por la Dolores
que es una chica muy guapa
y amiga de hacer favores.»

Las notas aladas de la canción—cuervos cebados en una honra muerta—, fueron esparcidas por el viento en todas direcciones.

Los carreteros en sus conversaciones de ruta y los bebedores, charlatanes y cancionistas divulgaron la fama liviana de la moza que la copla consagraba como mujer de fandanguillo presto, amiga de bromas y pronta al capricho de cualquier galán que se le acercase con lumbré en los ojos y miel en los labios.

Y el mesón de la Gaspara, sito en Calatayud, á donde la Dolores se había acogido como moza del servicio, convirtiéndose en lugar obligado de arribo de todos los que aspiraban á gustar las gracias de aquella hembra de blando corazón.

¿Era justa la triste fama de la moza?

La historia de sus desventuras lo dirá.

Vivía en Daroca la Dolores, huérfana de madre y cuidando á su padre, viejo y achacoso.

Sana de cuero, de espléndida belleza y con el alma cantarina saliéndole por la boca con decirs gentiles y canciones gozosas, era la Dolores una buena moza hacia la que iban los deseos y las miradas de los hombres como avispas que se arrojan sobre una fruta madura.

Pero ella sólo vivía para su viejo, y aunque la risa anduviera siempre alborozándole el rostro, tenía cerrados los oídos á las palabras de los mozos que la rondaban.

Al caer de la tarde solía la Dolores acudir, con el cantarillo al brazo y enlazada con amigos de su edad, á la fuente del pueblo.

Un día entre los días—promediaba el mes de Abril—acaeció que al regresar las mozas á sus casas con los cántaros llenos de la gloria del agua fresca, se interpuso en su camino un hombre de buena presencia, entonada labia y gachonas maneras, el cual, destacadose el sombrero lo arrojó á los pies de la Dolores.

—Ahí va esa prenda para que usted eche en ella un bien de caridad—le dijo mirándola con ansias de cortejo.

Soltaron la risa las mozas, y la Dolores, poniendo sus chapines en el sombrero del que le dedicaba la lisonja, alzó su voz diciendo:

—De galán forastero no admiten las mujeres de Daroca el requiebro.

—Para el querer—repuso el hombre—lo mismo da ser de Daroca que de Teruel.

Volvió ella la cabeza y sus ojos se prendieron en los ojos del galanteador, y en sus miradas se enzarzaron las voluntades.

Llamábase el forastero Melchor y era el tal un rapabarbas andariego y locuaz, jocundo y enamorado, que iba dejando tras sí el recuerdo de sus hazañas y estropicios en muchos corazones femeninos.

Desde la fecha de su encuentro hizo el diablo, cuya tercería nunca falta en asuntos de faldas, que la Dolores y Melchor se viesan á menudo y que juntos fueran y volviesen de la fuente.

Rico de experiencia y ducho en ardides, con cuatro palabricas tiernas y media docena de suspiros, logró el rapabarbas que ella se prestara á quererle, si bien es cierto que á él le era fácil hacer promesas, pues nunca pensó cumplirlas. Y la Dolores que no sabía ó sabía muy poco de este pícaro mundo, enajenó su alma novicia dándose la á su novio.

Un anochecer ella y él se detuvieron con ánimo de sentir la caricia de la hora, cuando de la fuente regresaban al pueblo.

—¿A quién quieres tú, Dolorcillas?—le preguntó Melchor con los ojos hechos brasa.

—¿Y á quién he de querer?—repuso ella.

—A mí, ¿no es verdad?

—No estoy muy segura, pero me parece que sí.

Melchor la cogió de un brazo y quiso acariciar su rostro al de la Dolores.

—Vamos, hombre, quita... Pues no andas tú de prisa que digamos.

En el movimiento que hizo para librarse del beso con que él la amagaba, cayósele á ella el cantarillo.

—¡Virgen del Pilar, mi cantarillo roto!—exclamó.

Una profunda aflicción se apoderó de la joven. Miraba el barro roto en el suelo, aquel barro que conservaba la huella de su brazo, y tuvo como un presentimiento de su desgracia.

—¿Qué le voy á decir á mi padre?

—Espérame aquí que voy á traerte un cantarillo tan limpio y tan nuevo como lo es mi cariño.

Y el rumbo de Melchor hizo olvidar los *tios* rotos.

Las largas ausencias de la hija, el cantarillo nuevo y los paseos del rapabarbas por los alrededores de su casa, hicieron recelar al padre de la Dolores, cuya conducta andaba ya en lenguas de los vecinos, los cuales aconsejaron al viejo que alejase á la moza, enviándola á Teruel á servir con buenos amos.

Así lo hizo el viejo y la Dolores trasladóse á la «Ciudad de los Amantes», á donde llegó una mañana á lomos de un borriquillo.

Lejos de Daroca y de Melchor, la moza pensaba de nostalgia. Era el amor del rapabarbas su primer amor, y tan adentro se le había metido, que no podía por menos de vivir para su recuerdo.

Yendo un día al mercado paróse delante de un jaulón en el que unos pájaros sabidores averiguaban el destino de las personas, co-

giendo con su pico un papel en el que aquel estaba escrito.

La imaginación de la moza exaltóse á la vista del suceso y quiso conocer su suerte.

—Oiga, buen hombre—dijo dirigiéndose al dueño del negocio—, tome una perra y venga mi buenaventura.

Saltó un pájaro dentro del jaulón y picoteó uno de los papelitos, que pasó á manos de la moza.

Temblorosa y esperanzada, la Dolores leyó:

«Tienes personas que no te quieren y es por envidia. Un mozo moreno y valiente te busca y se muere por tus pedazos. Pero otro mocito tímido y...»

No siguió leyendo. El mozo tímido no le interesaba. Ya sabía todo lo que deseaba saber... En el papel estaba escrito: «Un mozo moreno y valiente se muere por tus pedazos...» ¿Sería verdad?

La Dolores no durmió aquella noche, y cual no sería su sorpresa cuando al día siguiente oyó el silbido de aviso con el que Melchor acostumbraba á llamarla en Daroca.

El gavián, sabedor del paradero de la paloma, había ido en su busca á Teruel.

Ella no le hizo esperar. Pronto corrió á su lado.

—¡Mi Melchor!

—¡Dolorcillas mía!

Brotaron las palabras palpitantes de entusiasmo. Miráronse los ojos en los ojos...

—Te esperaba—le dijo ella.

—Pero ¿cómo pudiste saber que yo iba á venir?

—Pues ya ves, lo sabía... Ayer eché la suerte del pajarito y el pajarito me lo aseguró.

Melchor alegróse pensando en la ingenuidad de aquella moza, que tan de veras lo quería.

A partir de este día, juntos salieron los dos, aprovechando todos los momentos en que a ella la dejaba libre el servicio. Bajo la luz del sol y entre las sombras de la noche, pasearon por la ciudad y en todas las calles se dijeron frases ardidadas de entusiasmo.

Melchor, cada vez más codicioso, ponía cerco á la virtud de la moza, estrechándola con sus donaires, encendiéndola con sus promesas y animándola á que se le rindiese.

Crédula y apasionada, sólo por un instinto de pudor se defendía la Dolores.

—¿Por qué no te casas conmigo?—decíale cuando él la aprisionaba en sus brazos.

—En eso pienso—replicaba él—. Ahora que mientras el negocio no mejore, tenemos que esperar.

—Pues lo mismo que yo espero espera tú también.

—¡Es que yo no puedo esperar más! ¡Es que no duermo acordándome de tí!... Tu cariño me abraza y me consumo sin que tú quieras calmar mi angustia.

—No me atrevo, Melchor... Tengo miedo que después me abandones.

—Calla, mujer. Me hace daño oírte decir eso... Mi alma y mi vida son tuyas y día llegará en que serás mi única dueña, mi mujer...

Dolores vacilaba bajo la acción debilitadora de las palabras de su novio.

Para vencer la última resistencia de la moza, un domingo Melchor la llevó á ver la tumba de los amantes.

Cerca de las sagradas momias, cuyas vidas alentaron ardiendo en la pira del amor, él renovó sus juramentos, y al salir, ante el mármoleo retablo dedicado á los fieles amadores, le dijo:

—Te juro, Dolorcillas, que te seré tan fiel

como lo fué don Diego de Marsilla á la palabra empeñada á doña Isabel de Segura.

Estaban parados en el rellano de la monumental escala que conduce á la cripta donde se venera el recuerdo de los amantes.

—Te juro—añadió Melchor—que sólo á tí tomaré por esposa.

La fantasía de la Dolores excitada por las promesas le hizo ver como su novio se trans-



Cerca de las sagradas momias, él renovó sus juramentos,...

mutaba en el propio don Diego y ella en doña Isabel. Sintió la Dolores cómo la envolvía el prestigio de los que de modo tan extraordinario supieron cumplir sus promesas y sintió como sus escrúpulos desaparecían, desvaneciéndosele el temor y temblorosa de deseos.

Poco tiempo después salieron de paseo una tarde de Agosto y se encaminaron al campo.

Estaba la tierra ufana con los trigales creci-

dos, en los que ponían su nota roja las amapolas. Estaba azul el cielo, del que caía el fuego del sol. Estaba el aire lleno de aromas. Y el ambiente de la canícula, los rumores fecundos de la Naturaleza y los gritos de la pasión ayudaron al galán en sus propósitos.

Tras de la conquista, el aventurero huyó á Valencia.

Fué para la Dolores como el despertar de una horrenda pesadilla el encontrarse sola, abandonada del hombre al que hubo de entregar como un depósito sacro su honra. Dióse entonces cuenta de su infamia, mas ya era tarde para reparar el daño.

¿Qué hacer ahora?

La infeliz lloró, lloró inmensamente, sin consuelo, vertiendo sus lágrimas en los mismos sitios en los que él le hizo mentidas promesas y falsos juramentos.

Vencida por su pena, volvió á Daroca buscando cobijo en la casa de su padre.

Al verla el viejo adivinó la verdad.

—¡Fueral... ¡No entres!... ¡Tú no eres mi hija!—le gritó.

La moza tendióle los brazos suplicante.

—¡Padre!—sollozó.

—¡No te conozco!... ¡Vete!

En el ímpetu de su cólera el viejo quiso golpearla. De pronto sufrió como un arañazo en su corazón y llevándose las manos al pecho cayó pesadamente.

Derribóse la moza sobre su padre dando al viento sus quejas pero su padre había muerto.

Sola, huérfana, sin un vínculo de amistad que la retuviese, la Dolores abandonó su casa, y seguida por las miradas adustas y rencorosas de los vecinos, que la maldecían sin comprender su desgracia, dejó el pueblo.

¿A dónde encaminaría sus pasos?

Miró delante de sí y vió el camino tan solitario como su alma.

Pensó en la muerte... Era su imagen, con sus vestidos de luto, llagados los ojos y el semblante enflaquecido y agonioso, la imagen de la desolación...

II

Después de errabundear por distintos lugares, Melchor, sin recuerdo ya para la moza de Daroca que había creído en él, establecióse en Calatayud, donde abrió su negocio y donde halló novia guapa y rica, tal como la deseaba para hacer punto en su vida andariega.

Supo Dolores el refugio del burlador, y llevada por su esperanza, encaminóse á buscarlo para exigirle que le devolviese la honra que tan sin piedad le había robado.

Lentamente, con la cruz de su amargura á cuestras, sólo sostenida por su nueva ilusión, marchó Dolores por los caminos, y anduvo sin casarse, un día y otro día, hasta llegar á Calatayud.

Fácil le fué averiguar el domicilio de su verdugo. Sus ojos vieron la bacía dorada y pulida que se balanceaba delante del establecimiento de Melchor. Un momento pensó en lo que debía hacer.

Por allí cerca jugaban unos rapaces. Llamó á uno de ellos.

—Entra en la peluquería—le dijo—y avisa al amo que una mujer guapa le quiere hablar. El rapaz corrió á la casa de Melchor.

—Oiga, maestro—lo llamó.

—¿Qué hay, mocosos?

—Casi nada; una moza muy guapa que lo espera á ustedé junto al lavadero.

Melchor no quiso saber más. Sus aficiones no disminuyeran á pesar de sus proyectos matrimoniales. Soltó la blusa del oficio, acica-

lósse sobre la marcha y salió dispuesto á todo.

A los pocos pasos paróse en seco.

—¿Tú aquí?—dijo mirando á la Dolores que se le acercaba.

—Sí, yo, que no te olvido, que te sigo queriendo y que guardo en mi alma los juramentos que me hiciste.

Melchor frunció el ceño. No le gustaban las complicaciones.

—Agua pasada no mueve molino—repuso con voz agria.

Ella le echó los brazos al cuello y llorosa le rogó:

—¡No me abandones! ¡Sé buenol... Cumple lo que me prometiste.

El rechazó la caricia y los ruegos.

—Vuélvete por donde has venido. Aquí nada tienes que hacer.

—No lo digas.... Recuerda que un día me dijiste que sólo yo sería tu mujer. Mi padre ha muerto. Estoy sola. ¡No me rechaces!

Melchor se impacientó, temiendo que alguien lo viese y le fuera con el cuento á su novia.

—Lo pasado pasado está—dijo—. Siento lo de tu padre.... Pero no me pidas otra cosa...

Dolores deshizo entonces su rosario de amarguras, suplicó de nuevo, arrastróse hasta él y contó sus angustias de mujer que ha perdido su único caudal; pero Melchor no era hombre que se dejase enternecer y con palabras duras la dejó.

La villanía del hombre despertó en la moza el deseo de una venganza sangrienta. Durante algunos instantes su pensamiento enrojecióse con las llamas de la ira.... Pudo dominarse y alentando otra vez el fuego de su voluntad, determinó quedarse en Calatayud hasta conseguir que su burlador volviese á ella con áni-

mo de hacer justicia á su cariño y reparar, causándose, el mal que le había ocasionado.

En busca del sustento entró á servir en el mesón de la Gaspara, viuda de buen ver aún, sin más familia que su sobrino Lázaro, estudiante para cura, dócil á los mandatos de su tía.

Su gentileza fué un incentivo para los parroquianos y, viéndose cortejada, disfrazó el



—¡No me abandones! ¡Sé buenol... Cumple lo que me prometiste. luto de que se vestía su alma y prodigó las sonrisas por si el último recurso de los celos despertaba el amor del antiguo novio.

Al reclamo de la belleza de la nueva moza del mesón acudió Patricio, rico mercader, aragonés de arriba abajo, que estaba dispuesto á no escatimar nada para conquistar á la Dolores; y detrás de Patricio, al frente de cuatro soldados, llegó el sargento Rojas, andaluz, fanfarrón y chirigotero.

Puestos frente á frente por Celemin, mozo de mulas, al que también se le encandllaban los ojos viendo á su compañera de servicio, entre el militar y el paisano entablóse un pugilato por conquistar á la moza.

—A mí me llaman—dijo el andaluz mirando de hito en hito á su rival—el Sargento Guapo.

—Pues á mí—repuso el aragonés—Patricio, el Rico.

—Donde se presenta *menda* todo el mundo boca abajo.

—Donde quiera que yo esté, allí soy yo el gallo.

—A pesar de la copla—intervino Celemin—, la Dolores sólo ha sido de Melchor. Deja que la enamoren, pero de ahí no pasa.

—Y... ¿quién es el barbián que tanto pudo?—preguntó Rojas—. Me gustaría verle la cara.

Como si las palabras del sargento fueran un conjuro, presentóse Melchor en el patio del mesón.

Se hizo un silencio en el que latían las amenazas.

—¿Me hace el favor, sargento?—dijo Melchor adelantándose.

Rojas se conmovió. Allí se iba á armar la gorda.

—¿Es á mí?

—Sí, á usted.

Ladeóse el gorro de cuartel, enroscóse los dedos en las guías del bigote, tosió fuerte... y Rojas marcó el paso, aproximándose al que lo llamaba.

—¿Usted me dirá?

Rojas estaba seguro de que de un momento á otro iba á haber tiros y a correr la sangre.

—Pues nada... quería recomendarle á un primo mío que sirve en Valencia.

Siguieron hablando de asuntos del servicio y todos quedaron amigos.

—Y... ¿qué hay de la Dolores?—preguntó Rojas á Melchor.

—Eso pasó. Libre está el campo... Ahora tengo novia *seria* y rica y voy á casarme.

El patio del meson tenía una escalera, de peldaños adosados á una pared de la casa, por la que se llegaba á las habitaciones de Dolores y de la dueña.... Y en lo alto, respondiendo á los gritos con que la llamaban los clientes, mostróse la moza, *acharosa* y sonriente.

Bajó uno á uno los escalones, sin prisas, como para mejor hacer ostentación de su juventud sazónada y opulenta.

Todos los hombres se levantaron.

—Presenten... ¡armas!—gritó Rojas.

Dolores avanzó segura del imperio de su belleza.

—Buenos días... mujer—le dijo Melchor.

Y ella, dueña de sí, recatando su emoción, saludó glacialmente:

—Dios te guarde.

La presencia de la moza alborotó á los asiduos del mesón. De todos los labios cayeron frases galanas y á todos los ojos se asomaron los deseos.

Marte, vistiendo uniforme de sargento, inició el asedio de la fortaleza; Mercurio, personalizado por Patricio, ofreció volcar el oro en las manos de la joven y Venus, encarnada en Dolores, aceptó el papel de Diosa.

El estrépito de las risas, de los gritos y de los piropos era como un marco en el que ella se destacaba con el rostro lleno de luz y sangrándole, sin que nadie lo advirtiese, el corazón.

Apareció entonces Lázaro, el sobrino de la

Gaspara, que acompañado de su tía dirigíase á la iglesia.

El espectáculo de la moza entre aquellos hombres que la acosaban llenos de ansia brutal, acongojó al seminarista.

Era Lázaro un mozo alto y vigoroso, de aspecto tímido y ademanes mesurados. Su mirar blando y su compostura humilde parecía como si arrojasen sobre su juventud, fuerte y roncunda, el peso de unos años que no tenía.

Se acercó á la Dolores y le dijo:

—No está bien que usted acepte el cortejo de estos hombres, que sólo buscan su belleza.

Ella desató su risa como una cascada de cuentas de cristal sobre un plato de oro.

—Acepte mi consejo—añadió él—. Me duele ver como la asedian todas estas gentes.

Volvió ella á sus risas y Lázaro, con los ojos anegados en tristeza, salió.

Para rendir á la desdenosa, Patricio había organizado la corrida de un novillo, que él pagaba; y, teniendo que preparar la fiesta, abandonó el mesón.

El sargento se fué también, y aprovechando la oportunidad de encontrarse á solas con Dolores, Melchor, herido porque ella no le había hecho caso, la dijo brutalmente:

—Dentro de dos meses me caso.

Sobresaltada en el secreto de su alma, dolida por la amenaza de aquel matrimonio que agostaba todas sus esperanzas, ella pareció vacilar.

—No sabes que yo estoy aquí para impedirlo—repuso.

—¡Bah! Que todos los inconvenientes sean como ese.

Dolores se irguió altanera.

—Entonces, ¿has olvidado la promesa que tengo de tí?

—La verdad... no me acuerdo.

Lastimada en sus ilusiones, zaherida por el desprecio del hombre, la moza sacudió su indignación y abrumó á Melchor con la dureza de sus palabras.

—¡Eres un canalla!

Melchor se encogió de hombros.

—¡Eres un ladrón de honras!—insistió ella.

De súbito nace el odio y se interpone entre los dos como un abismo.

El ansia de venganza alienta de nuevo en el espíritu de Dolores, la cual, buscando quien la defienda tantea la decisión del sargento.

—Rojas, le daré á usted lo que me pide—le dice—si desafía á Melchor.

El sargento duda, medita, siente aumentar sus dudas...

—¡Dolorciyas de mi *arma!*—exclama—. Por *uté* soy yo *capá* de *peleame* con el diablo.

—No hace falta tanto; además el diablo no me ha hecho nada.... Es con Melchor con el que yo le pido que se las entienda.

—*Deje uté* andar las cosas... y allá *veremo*.

A Dolores las bravatas del sargento no le inspiran confianza, por lo que trata de medir la pujanza de Patricio que, si la abruma con regalos, no se muestra mucho más propicio que Rojas á satisfacer sus afanes de venganza.

Las palabras de Rojas llegaron á oídos de Melchor, quien dispuesto á afrontar el peligro volvió al mesón.

—Porque á mí—dijo al entrar—nadie me hace sombra.

—Ni á mí—repuso el sargento.

—Eso lo veríamos.

—¡Quién sabel!

Pero como ni uno ni otro tenían ganas de pelea, echóse el asunto á broma, y una ronda de vino selló las paces.



Irguióse la víctima de aquella infamia, corrió hasta el burlador de su fé y bravia...

Habían llegado los mozos que Patricio contratara para forear el novillo y su presencia animó el patio del mesón. Corrió el vino, hubo jácaras, se hizo fiestas de chanzas y de gritos.

—Venga esa guitarra — pidió Melchor de pronto.

Y agresiva, como un puñal, rasgó el aire la acerada copla:

«Si vas á Calatayud
pregunta por la Dolores...

Hasta la moza llegaron las notas hirientes. Apuró aquel suplicio como la última traición de Melchor....

Los clientes del mesón rodeaban al hombre que tenía entre sus manos la guitarra, de la que arrancaba á pedazos, como si fueran pedazos de honra, la música ardorosa de la copla: «...que es una chica muy guapa y amiga de hacer favores.»

Irguióse la víctima de aquella infamia, corrió hasta el burlador de su fé y bravía pateó la guitarra como patearía el corazón del mal hombre que la escarnecía.

La Gaspara vino á poner un poco de orden, quietando los ánimos, y mientras Dolores, rota el alma, sin fuerzas ya para sostenerse, marchóse á ocultar sus tristezas en la casa, en el patio surgió pujante, por encima de odios y rencores, la Jota Aragonesa.

Patricio y Rojas celebraron el fracaso de Melchor, al que consideraban fuera de combate.

—Verá usted como cuando corran el novillo que yo pago en su obsequio, la partida es mía — alardeó Patricio.

—O mía — insinuó Rojas —. Porque si usted lo paga yo... ¡lo mató!

Y dando suelta á su imaginación, el sargento se puso á referir unas soñadas proezas taurinas.

—Andaba yo por los cortijos andaluces y un día, veinte miuras me rodearon acometedores — comenzó diciendo.

Y tal como lo dijo su fantasía supo ver el espectáculo admirable de su valor entre tantos toros.

—Yo les planté cara.

Y, en efecto, pintóse en su pensamiento la escena.

—Elijí el mayor de los toros — prosiguió — y... lo maté de un volapié.

La imaginación de Rojas fracasó al describir la última parte de su aventura, y sólo logró verse empujado en las puntas de los pies y clavando el sable á un pobre chivato.

Entre tanto Melchor, espoleado por el desaire de Dolores, volvió lleno de jactancia al mesón.

—¡Gachó, vaya camorra que le armó á *uté* la joven! — le dijo Rojas al verlo.

—Porque me quiere — sostuvo Melchor.

—¡Ay qué gracia! No me haga *uté* de reir...

Las bromas de los rivales exaltan al galán.

—Yo las apuesto un azumbre de Cariñena — afirmó — á que esta misma noche vuelve á ser mía.

Patricio y el Sargento se miraron compadeciéndose de Melchor.

—Va la apuesta — dijo Patricio.

Poco después, Melchor se acercaba á Dolores.

—Quiero hablarte...

Sonó tan dulce la voz de él que ella volvióse sorprendida.

—Perdóname lo de ayer — siguió diciéndole —; pero todo eso lo hago porque me muerden

los celos, porque no puedo seguir viendo que haces cara á otros hombres.

Dolores sintió como toda la sangre le afluía tumultuosamente al corazón.

—¿No mientes?—preguntó.

—¿Para qué?... Ahora estoy seguro de que no te dejé de querer, de que soy el mismo de Daroca y de Teruel... ¡que te quiero, Dolorcillas!

Toda su alma apasionada mostróse en los ojos de la confiada joven. Ella estaba necesitada del cariño de aquel hombre y necesitaba creerlo; y de nuevo, como en los gozosos días de otros tiempos, ellos renovaron sus promesas.

Obtenido el triunfo, Melchor apresuróse á referir á sus rivales que su antigua novia lo recibiría aquella noche á las diez.

La noticia produjo un efecto desastroso en Patricio, que se apresuró á buscar á la moza.

—De modo que mientras yo me gasto una fortuna en obsequiarla, usted hace las paces con Melchor y le da una cita para esta noche?—le dijo.

La pobre mujer tuvo la triste evidencia de su desventura, comprendiendo que lo único que se había propuesto su burlador era mofarse de su cariño y engañarla una vez más.

—¡Si dijo eso mintió el infame!—protestó airada.

—No basta con que usted lo asegure—replicó Patricio.

Ella tuvo entonces una idea siniestra.

—Pues venga á verme usted á las diez y se convencerá—dijo pensando en su venganza.

—¡A las diez!

—Sí, á las diez.

Patricio recordó que esta era la misma hora de la cita de Melchor y, vacilando, repuso:

—Veremos...

Rojas, que también buscaba á la moza para recriminarla, acercóse á Dolores con la boca llena de censuras y reprodujo lo que había contado Melchor, y ella volvió á negar.

—Entonces... ¿á qué hora se abren para mí las puertas del cielo?—inquirió.

—A las diez.

El sargento tenía buena memoria é hizo mentalmente la misma consideración que, momentos antes, al oír la misma promesa, hiciera Patricio.

—¿A las diez?

—Sí, á las diez.

—Pues por si acaso dí á San Pedro que no descorra el cerrojo.

Segura de su indefensión, convencida de que ni Patricio ni Rojas acudirían á la cita, Dolores lloró amargamente. ¡No encontraba un hombre en su camino que quisiera ser paladín de su honra! Estaba sola, terriblemente sola, y sola debía sufrir su pena de mujer sobre la que se arrojan los buitres de la deshonra.

Lázaro se le aproximó.

—¿Por qué llora usted?—preguntóle—. ¿Quiere confiarme sus penas?

Aquel mozo tímido no le hizo concebir muchas esperanzas.

—Oígame, Dolores... ¿no se dió usted cuenta nunca de cómo la miraban mis ojos?

Ella procuró rehacerse, conteniendo su llanto... Lázaro le había cogido las manos y la hablaba con voz ardorosa y contenida.

—¡Si usted supiera!

Y súbito, como si se desbordase una pasión refrenada mucho tiempo, el seminarista le dijo que la quería, que la amaba por encima de todo y sobre todo.

Era su expresión elocuente, franco y noble

su aspecto y su lenguaje lleno de vehemencia. Extrañadísima, Dolores, sin acertar á creer lo que sucedía, se rió de él.

—No te burlas—replicó Lázaro—. Si no aceptas mi cariño sabré sufrir en silencio, pero te ruego que calles cuanto te he dicho.

La actitud del seminarista revelaba una sinceridad tan grande que la risa desapareció de los labios de Dolores y la burla de su gesto.



—Oígame, Dolores... ¿no se dió usted cuenta nunca de cómo la miraban mis ojos?

—Eso no, Lázaro; por mí nadie sabrá nada—dijo.

En esto Celemin sorprendió el coloquio y con su estupidez de criado de arriero, llamó á los que estaban en el mesón para que presenciaran la escena.

Al darse cuenta Lázaro de que lo estaban observando y que se burlaban de él, alzóse iracundo y como si despertase su energía dor-

mida, se abalanzó á Celemin castigándolo hasta lograr humillarle.

Dolores vió entonces con asombro que, de todos los hombres que se le habían acercado, sólo Lázaro, el tímido seminarista, era un verdadero hombre, un hombre de cuerpo entero.

Aquella tarde celebróse la corrida del novillo con que Patricio obsequiaba á la moza.

En el palco presidencial tomaron asiento Dolores, Patricio, Gaspara, su sobrino Lázaro y la autoridad representada por un alcalde de barrio y el alguacil.

Poco antes de soltarse el novillo, Celemin se acercó á la Dolores y le dijo:

—Melchor ha contado lo de la cita y piensa acudir á ella con una rondalla para tener testigos de su triunfo.

Después de lo que por la mañana le revelaron sus cortejadores, no le extrañó á la joven la nueva infamia que tramaba en contra suya en el que tanto daño le había hecho... ¡Si ella encontrase un hombre que, por su amor, fuera capaz de vengarla del traidor!...

Comenzó la corrida. El sargento brindó el novillo á Dolores y en seguida, con inconsciencia andaluza, se acercó á la res y...

Un ¡ay! aterrador resonó en la plaza. El novillo arremetiendo contra Rojas lo había derribado, encunándolo luego y volteándolo aparatadamente.

De pronto Lázaro salta de la tribuna presidencial, cruza al ruedo y, á cuerpo limpio, se lanza sobre la testuz del bicho, lo sujeta con ambas manos y libra al sargento de una muerte segura.

La multitud aclama al héroe. Una profunda emoción se adueña del público. Dolores también. Ella ha comprobado que sólo Lázaro es un valiente.

Disimuladamente Melchor llega hasta su novia y le recuerda la hora de la cita, y luego, añade:

—Anda, Dolores, brindemos por Lázaro, el valiente.

Ella cree ver brillar el rayo de la venganza. Humedece sus labios en el vaso y se lo entrega al seminarista, al que en voz muy baja, dice:

—Esta noche, á las diez, ven á mi cuarto.

Y Lázaro, ebrio de juventud, radiante de alegría, saborea, con el vino que ella le ofrece, el triunfo de su sangre moza que aquella noche celebrará sus primeras fiestas de amor y de gloria.

III

Ha llegado la noche. Dolores está inquieta. Su afán de venganza la impulsó á citar á la misma hora al hombre del que desea librarse castigándole con la muerte por haber burlado su cariño y al mozo tímido por el que comienza á sentir una ternura limpia de tentaciones.

Teme ahora que los hombres lleguen á encontrarse en su cuarto. Un miedo súbito la oprime.

¿Cómo evitar el peligro?

—Celemin, busca á Melchor y dile que no venga esta noche á la cita—dice al criado.

Celemin corre á avisar á Melchor, pero éste se niega. Quiere gozar de su triunfo y que sus amigos, que le han de acompañar, lo admiren por su dominio sobre las mujeres.

La negativa de Melchor vierte en el alma de Dolores el acibar del desconsuelo.

¿Qué hacer?

La vida del mesón se apaga en la noche. Ya no se oyen las voces de los clientes ni el chocar de sus vasos. La Gaspara con su sobrino y sus servidores concluyen de rezar el rosario.

A la mañana siguiente, Lázaro debe partir para el seminario de Tarazona.

—Anda, sobrino, acuéstate, que has de salir al amanecer—le dice la tía.

Los ojos de Dolores siguen al seminarista. ¿Qué nueva alegría que se ahoga en la laguna de una pena muy honda, es esta que ella siente viéndolo?

Dolores entra en su cuarto.



La Gaspara con su sobrino y sus servidores concluyen de rezar el rosario.

Tiene miedo de la noche que la rodea. Piensa en las citas que dió. Segura está de que no han de acudir ni Patricio ni Rojas, pero también está segura de que Melchor y Lázaro acudirán.

¿Y qué sucederá entonces?

—¡Dios mío, Dios mío... sálvame!

Llamaron á la puerta de su cuarto. Era Gaspara la que llamaba. Celemin la había entera-

do de que Lázaro y Dolores tenían un secreto de amor.

—Ahora mismo se va usted de mi casa. Es una iniquidad hacer lo que ha hecho usted—le dijo con voces descompuestas.

—Bien, señora, me iré...

Contuvo su pena y añadió:

—Pero antes hay que evitar un peligro.

—¿Cuál?

—Melchor y Lázaro deben encontrarse á las diez en mi cuarto.

—¡Mentira, es una impostura! Mi sobrino es un bendito de Dios—rechazó Gaspara con indignación.

—Pues aunque lo sea, él vendrá á la cita.

La tía del seminarista sintió como la fatalidad se derrumbaba sobre ella.

—Hay un medio para evitar que ellos se encuentren—añadió Dolores pugnando por contener los gemidos que le arañaban la garganta.

—¿Y cómo?

—Haciendo que Lázaro parta inmediatamente camino de Tarazona.

Las dos mujeres salieron y buscaron un trajinante que se comprometió á acompañar al seminarista.

Luego la tía avisó á su sobrino.

—Lázaro, hijo, es necesario que marches ahora mismo.

La noticia derramó en el corazón del mozo el dolor del engaño. Sus ojos se fijaron en Dolores con rencor, duros y agresivos.

Instantes después, Lázaro, mordido por los celos y aparentemente resignado, partía con su espolique.

Salvado el peligro, la Gaspara ya no sintió la necesidad de que se marchase Dolores, cu-

ya presencia en el mesón tan beneficiosa era para el negocio.

—Bueno... mira, puedes quedarte—le dijo.

Seguido de su espolique, Lázaro marchaba á lomos de un jamelgo. No hablaba. Lloraba su corazón, que se había encendido con las gracias de una mujer.

La noche caía sobre el pueblo. Salieron á las afueras, entrando en la carretera real.

El seminarista detuvo su cabalgadura y se bajó.

—Pronto—dijo amenazando al trajinante—monta en el caballo y sigue solo el camino... No grites.

Picó á la bestia con un puñal y, volviendo sobre sus pasos, regresó á todo correr al mesón.

Dolores, que por no oír ni abrir á Melchor, habíase encerrado en su cuarto y se disponía á acostarse, sobresaltóse al oír unos golpes ligeros en la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, Lázaro...

Abrió precipitadamente y arrojóse en los brazos de aquel mozo de alma altiva que con tanto fervor le demostraba su cariño.

—Son las diez—dijo él—. ¡La hora de tu cita!

Ella sonrió confusa y enardecida por el amor de Lázaro. Ya no se acordaba de que Melchor debía llegar de un momento á otro. Su alma atormentada y sedienta de cariño, daba rienda suelta á su alegría cerca del hombre todo nobleza y arrogancia que se le daba todo por entero, sin vacilar en romper con su pasado, que le encauzaba por la senda religiosa.

Con los labios juntos se dijeron las palabras ardientes de su pasión. Sentíanse unidos

por la misma fuerza que mandaba en sus almas parejas. Los dos eran de un análogo vigor pasional. Los dos sabían quererse con el mismo ímpetu.

...Oyóse la música de una rondalla.

Dolores volvió en sí, desvaneciéndose el vértigo que sufría su corazón.

—Ahí está él—pensó.

Otra vez las sombras del miedo la apresaron en su tupida red.

—Viene gente... Vete, Lázaro... Pueden vernos.

—¿Irme ahora que estoy aquí?

—Yo te lo ruego... Después volverás.

Llamaron á la puerta. Era Melchor el que llamaba.

—Debe ser Gaspara—dijo ella—. ¡Por Dios, sal y escóndete!

Lo empujó hacia otra salida y cerró tras él. En seguida dirigióse á la puerta y la abrió.

—Ya venciste, Melchor—dijo friamente á su enemigo—. Ya entraste en mi cuarto.... ¡Tuyo es el trájunfo! Ahora vuélvete por donde has entrado.

—¡Que me vaya!

—Sí.... ¿Qué más quieres? Ya han visto cómo tenías franca la puerta de mi cuarto.... Vete pues, y diles á todos que es verdad lo que dice la copla.

El desprecio y el odio palpitaban en las palabras de la moza. Ya no le quedaba del antiguo amor más que su angustioso recuerdo. Durante muchos días, después de haber sido engañada, anduvo tras él mendigando cariño, pidiendo el cumplimiento de unas promesas engañosas; y en esta peregrinación húmeda de lágrimas se agotó su dolor.

—Vete, Melchor....

—No.... Vengo de veras enamorado.

Ella vió ahora toda la jactancia y villanía de aquel hombre.

—¡Vete!—exigió.

—He de cerrar esa puerta—replicó él—para quedar en tus brazos.

—Eso... ¡nunca!

—¿Que no?

—¡Nunca!

Se miraron con ojos de furia, desorbitados por el terror y por el odio en ella y por el deseo y la ira en él.

—¡Vete!—volvió á exigir la mujer.

Melchor quiso enlazarla con sus brazos. En el paroxismo de su odio, Dolores luchó por defenderse, desprendiéndose de los brazos que la atenzaban.

Lázaro, que al salir del cuarto de Dolores, llevaba consigo el peso del recelo, oyó el ruido de la lucha, los gritos sofocados de ella y las voces iracundas de Melchor.

Una rabia frenética se apoderó de él. Quiso romper el obstáculo que le impedía acudir en ayuda de Dolores y no pudo. Ella había cerrado la puerta por dentro y sus esfuerzos por entrar fueron inútiles. Arañóse las manos en la madera, empujó la puerta con los hombros...

El recuerdo alumbró súbitamente su memoria. El cuarto de Dolores tenía una ventana que daba al patio. Por ella entraría.

...Sus manos se cortaron en los cristales. Rompieron sus puños los batientes; y frente á Melchor apareció Lázaro.

Ya no era el mozo irresoluto que conocían en el mesón. Un hombre nuevo, que siente todas las violencias y que se enardece con todas las pasiones grandes, como grande era su alma, ocultaba al seminarista de aire encogido, objeto de burlas y al que nadie tuvo nunca por lo que verdaderamente era.

—¿No querías cerrar la puerta?—preguntó desafiador—. Pues ya está cerrada.

Los dos hombres se miraron reconcentrando en sus pupilas el odio que los poseía.

Aterrada, sin poder sobreponerse al espanto, Dolores llevó sus ojos de uno á otro.

Con aires de reto en la expresión, Melchor dijo:

—¿Es tuya esta mujer y vienes á disputármela?

—¿Cómo ha de ser mía mientras tú vivas? ¡Ya ves si es fuerza que te matel...

El brazo extendido de Lázaro señaló al cuarto de la Dolores, que Melchor había querido envilecer.

—Entra ahí... Yo te sigo. De los dos sólo uno ha de salir con vida.

Quedaron frente á frente, las manos armadas con el puñal y los ojos llameando de furor.

No volvió á oírse el rumor de las palabras.

Comenzó la lucha, cuerpo á cuerpo, buscándose el corazón para herir y para matar.

Fuera, Dolores, sin lágrimas que llorar ni voces que gritar, rendíase á la desgracia. Ella hubiera querido pedir auxilio, llamar para que la sangre no corriese manchando su cuarto, en el que había soñado nacer á un nuevo amor en los brazos de Lázaro.

Oía el jadeo de los rivales y su espíritu agonizaba.

De pronto quiso con sus débiles manos romper la puerta tras la que Lázaro luchaba salpicado por la visión de la sangre. Deshizo su miedo en gritos angustiosos. Rasgó el aire con el clamor de sus voces...

...Proseguía la lucha. Súbito nació el silencio.

Acudieron las gentes... mas ya era tarde.

En la alcoba de Dolores yacía sin vida Mel-

chor. Y sobre él, vacilando, erguíase enrojecido, lleno de pavura, con la razón caída en el lodo de su crimen justiciero, Lázaro el valiente.

...El estupor remarcaba las facciones del mozo, que se miraba las manos manchadas con la sangre de su rival...

Al verlo, los que habían acudido á los gritos de la Dolores, se hicieron atrás.



En la alcoba de Dolores yacía sin vida Melchor. Y sobre él, vacilando, erguíase enrojecido,...

Sonó entonces la voz de ella, abriéndose en la noche como una herida:

—¡Yo lo maté... como él mató mi honra!

Lázaro pareció renacer de su asombro. Miró á su alrededor y afirmó con entereza:

—¡Mentiral... Yo fuí el matador. Que vengan y daré cuenta de la sangre que vertí.

Los brazos de Dolores hicieron cerco amo-

roso á la cabeza de Lázaro. Volaron sus besos hacia el rostro en el que la violencia había hundido sus garras. Y con decir maternal, suave y acariciador, le ofreció su cariño...

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido sometido á la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO:

Como la arena

Sugestivo asunto interpretado por la gentil estrella PEGGY HILAND.

Postal-fotografía
Virginia Valli

La Novela Semanal Cinematográfica
Sale todos los miércoles = Precio 25 céntimos

ÚLTIMOS GRANDES ÉXITOS DE LA
BIBLIOTECA DE

Los Grandes Films

LOS HIJOS DE NADIE (3 ediciones)

EL TRIUNFO DE LA MUJER

(2 ediciones)

¿Ya colecciona V. tan interesante biblioteca?
